

Nació en Castilruiz en 1886. Se dedicó al campo de la enseñanza como profesor de matemáticas en la Escuela Elemental de Trabajo y Capataces Agrícolas de Cáceres, que dependía de la Escuela Municipal de Artes y Oficios, impartiendo las asignaturas de Aritmética y Geometría Elemental.

El 4 de octubre de 1934 fue nombrado director de este centro docente hasta junio de 1956.

Su vocación oculta fue la poesía y al morir en Cáceres en 1969, su esposa Mercedes Cantero, dio a conocer este bello legado literario publicando en 1971 la obra titulada: Soria y Cáceres, mis amores; antología poética, con prólogo de Gerardo Diego y patrocinada por la Diputación Provincial de Cáceres. Esta publicación tenía 256 páginas y realizó su impresión la Imprenta Aldecoa.

En 1973 se publica otra nueva antología poética titulada: Mis dos vidas, con prólogo de Eugenio Frutos Cortés, más extensa que llega a las 430 páginas.

Pero nadie mejor que Teodoro Fernández Sánchez, recopilador de su obra, de quien escojo fragmentos que analizan y sintetizan a este olvidado poeta soriano tan vecino, tan propio y tan nuestro:

"Su obra tiene mucho de solitaria, eremítica, recatada, escondida. Predominan las formas clásicas del romance y el soneto en sus varias formas métricas. Prefiere el endecasílabo, recurre también a los versos alejandrinos y, sobre todo se recrea en el soneto de arte menor...

Cantó el poeta los paisajes y horizontes de la tierra con su irregular y artística orografía de montes, ríos y valles, fuentes y planicies. Y también cantó al hombre, con sus costumbres, labores, pegados a la tierra que lo engendra, nutre y mata. Y no olvidó las incidencias de la vida infantil, cariñosa y mimada, la robusta mocedad viril y la agotada senectud. Arsenio canta siempre con sencillez la vida campesina, rural, con la intimidad elemental de la vida sosegada. A Soria la llevó en sus entrañas. Fue su cuna. No la olvidó jamás."

De su bella obra poética iremos insertando en nuestra revista fragmentos de su obra. Nos deleitaremos con la precisión, la delicadeza y el sentimiento con que trasmite su entorno. Al leerlas andaremos el pasado con el

Poetas de la tierra

Arsenio Gállego Hernández (Castilruiz 1886/ Cáceres 1969)



sabor agrídulce de la nostalgia porque nunca sabremos si fue mejor o peor que el presente, tan solo aceptaremos que fue diferente.

Con su poesía recrearemos un paisaje que algunos hemos vivido y un duro y real descubrimiento para aquellos que no lo vivieron. En la presente revista hemos considerado muy oportuno una poesía intergeneracional. Lleva por título "Los Viejos".

Os increpo, a través de esta poesía, a ver su austera vestimenta y el por qué de este ropaje. Analicemos cómo nos dibuja su realidad física, su cuerpo y deduzcamos la dureza del entorno. Pero si nos percatamos en el mensaje angustiado del "yo" de cada uno de ellos, el poeta, da un aldabonazo a nuestras conciencias al transmitir su desencanto por la vida, su pesimismo y su angustiada desesperación de la empírica realidad consumida. Es un retrato con pinceladas de vivencia en el lienzo de su sentimiento. Es sentir la realidad en su propia alma y es vivir lo vivido en palabras que son sensaciones escritas entre dos colores, el blanco y el negro.

Trascribe el declive personal con la lógica imperante, sin tapujos, con su dura realidad. Y con una sinceridad aceptada, el carácter propio de la vejez, sin pudor ni misericordia, con ese duro final: a pudrir tierra sagrada. No he visto mayor dulzura en toda una dura realidad, ni tanta miseria sublimada. Es vivir lo que se siente y es sentir lo que se vive.

LOS VIEJOS

Con trajes de burdos paños
anguarina o luenga capa,
tan raídos por los años
como peñas por las aguas,
gorros de pieles oscuros
cubren sus cabezas blancas
y los libran de los duros
zarpazos de las heladas
y del cierzo; los zahones
protegen como coraza
sus pantalones parduscos,
en sus pies calzan albarcas.

De lienzo son sus camisas,
lienzo que la abuela hilara
entre zozobras y risas
en las noches de invernada.

Así visten los ancianos
de pinares y montañas,
de los valles y los llanos
trajes que al olvido marchan.

Son los viejos de la sierra
menudos, de poca talla;
tienen la color de tierra
ocre-amarillo-tostada.

Inclinados, encorvados
como pastoril cayada,
con los rostros arrugados
como las ciruelas pasas.

Temblorosos, consumidos,
desdentados, aquilatan
la decrepitud; rendidos
su poca energía gastan
en tenerse en pie; cansados
caminan en sus gayatas
sostenidos, apoyados.
Ruinas de vida que acaban.

Tienen los ojos hundidos
y las manos como garras;
son astutos y sabidos.
Doctos en pardas gramáticas.

Que no en vano en este mundo
mucho vieron por desgracia
y no hay libro más profundo
ni más útil que la práctica.

No discuten con la nuera;
cuando deben callar, callan
y administran su sordera
como conviene a su causa.

Van huyendo de la umbría,
buscan el atrio o las tapias
que miran al mediodía
y allí se juntan y charlan
del pasado. Con el frío

se acrecientan sus dolamas
y se quejan. ¿Dónde fue el brío
de su juventud lozana?

Cuando las nieves se adueñan
del monte y de la llanada,
medio adormecidos sueñan
en el escaño; se adaptan
con un pie sobre el tizón
y el otro puesto en la plancha;
nunca ceden su rincón
para nadie ni por nada.

Y aunque el humo les persigue
a veces con fiera saña,
el anciano terco sigue
sin dejar su rinconada.

Cuando está de buen talante,
recrea escuchar su charla
entre seria y chispeante,
entre monótona y varia.

En los huertos y en las eras
a todo le ponen falta;
no les gustan las maneras
como sus nietos trabajan.

Antes de misa mayor
se juntan en la solana
y allí esperan al calor
a que suene la campana.

Amigos de husmear todo,
esculcan, piensan, indagan
y comentan a su modo
lo que pasó y lo que pasa.

Y así un día y otro día
esperan sin esperarla
la visita leda y fría...
visita que nunca falla.

Son estos viejos de aldea,
el ocaso de una raza
que soportó las desdichas
de perder en luchas vanas
hijos, nietos al son
de perturbaciones bárbaras.
Nacieron entre revueltas
y mueren viendo desgracias.

Al verlos tan agobiados
pienso que la muerte es grata
tras una vida doliente,
llena de miseria y lástimas.

Flacos cuerpos encogidos
se han de estirar, cuando vayan
con el sello de la muerte
a pudrir tierra sagrada.

Arsenio Gállego Hernández
Cáceres, VII-1923